

Estudios

AÑO II
TOMO II
2010



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIFUSIÓN CULTURAL / LITERATURA

SABINA BERMAN. Dramaturga, guionista, prosista y directora de teatro. Dentro de su obra dramática se encuentran *eXtras*, *Feliz nuevo siglo Doktor Freud*, *Molière*, *Entre Villa y una mujer desnuda*, *Krísis*, *La grieta* y *Muerte súbita*, por mencionar algunas. Ha escrito los libros *Democracia cultural*, *una conversación a cuatro manos* junto con Lucina Jiménez y *Un soplo en el corazón de la patria*. *Instantáneas de la crisis*. En imprenta: *La mujer que buceó dentro del corazón del mundo*.

Vive junto al Parque México en la ciudad de México en el país llamado México. Sin embargo aborrece el nacionalismo. Prefiere el mar a la tierra y los animales con alas o aletas a los bípedos encerrados en la burbuja de las palabras. Sin embargo, como ya se vio, es escritora.

TOMATE

1.

La palabra, en letras simples, rojas, de un metro de alto, aparece un día en la barda de cemento gris.

TOMATE

¿Quién la pinta o para qué?: eso no entra dentro de la cadena de causas y efectos de esta historia. No es raro: nadie puede abarcar ninguna cadena completa de causas y efectos. Nadie: al menos no una inteligencia humana.

La niña aparece una mañana frente a la barda. Mariana. Viendo la misteriosa palabra. La cabeza llena de rizos negros, el uniforme de la secundaria, camiseta blanca, falda de rayas grises y a veces rayas verdes –diseño príncipe de Gales– y el suéter verde amarrado a la cintura. El camión amarillo de la escuela se apea a diez metros de la palabra, en la esquina que hacen dos calles arboladas. Mariana trepa al camión que parte.

A las 3 p.m., cuando el camión regresa y Mariana baja a la banqueta, en la barda sigue la palabra roja.

TOMATE

Mariana va directo a plantarse ante la palabra y alguien a su espalda le grita:

–¡Mariana!

Se vuelve. Es un niño en la ventanilla del camión que arranca.

–¡Se te cayó la cabeza, Mariana!

Supongo que podemos decir que aquí arranca esta historia.

Mariana estragada por un día en la escuela, una calceta caída y la otra hasta la rodilla, los zapatos negros polvosos y la mochila a la espalda, cruza la calle dejando a su espalda la palabra y llega a la entrada del edificio. Abre con su llave la puerta de cristal. Entra al vestíbulo y luego al elevador y pulsa el PH. *Pent house*.

En la puerta del departamento hay una nota escrita en tinta verde. *Mariana:*

Dejé tu comida en el horno. No toques en mi puerta, luego salgo. Mamá.

Hace rato que Mariana no se hace preguntas sobre la vida. Descubrió que podía navegar las horas sin pensar. Sin buscarle las causas a los sucesos, podía conformarse mejor con solo vivirlos. Tiene sed, como siempre. En la cocina abre el refrigerador, saca la jarra de agua y la empina sobre sus labios. El agua se le desborda de los labios y le moja la camiseta blanca. Abre el horno y saca el páirex. Dos tomates al horno, rellenos, uno de atún y el otro

de queso. Y saca una taza con sopa roja. La prueba. De tomate. Todo es hoy de tomate, se escucha pensar a sí misma.

TO MATE

Coloca los trastos en la mesa de *formaica* pero antes de comer se acerca al ventanal de la cocina, pone las manos abiertas en el ventanal y mira quince pisos abajo en la barda la palabra roja y pequeñita:

Es distinta, la palabra. O le parece ahora, vista desde lejos, distinta. Entre la O y la M hay un poco más de espacio que entre las otras letras.

TO MATE

La mamá de Mariana es pelirroja y tiene cuarenta años. Es viuda. Y tiene, desde hace poco, un novio fijo, el primero en cinco años, cuando murió su esposo, el padre de Mariana.

Está tendida desnuda en la cama del dormitorio y las cortinas pesadas verdes están cerradas. Tiene jaqueca. Le dan a menudo y son como para morir. Estar atrapada en el dolor de la jaqueca es como ser un gato encerrado en una botella, sin poder moverse, darse una maroma, acomodarse en el mundo.

En la penumbra sólo suena un zumbido, un zumbido constante, apagado pero insoportable.

Está tendida, Mariana madre, desnuda, pelirroja y soportando la jaqueca. Un brazo sobre los ojos. Un vaso de agua en la cómoda y el pastillero abierto.

Esta vez sí está pasando el dolor. Muy lento, evaporándose, el dolor: la botella va despacio creciendo, separándose del gato, dejándolo respirar mejor. Pero el maldito zumbido le llega como si fuera el ruido de un taladro.

Alarga una mano y la mano a tientas como un animal de cinco patas busca el vaso y lo atrapa, lo acerca a los labios de Mariana madre. El agua se desborda por sus comisuras y dos hilos corren por su barbilla y gotean a su pecho.

–El novio es un pelón.

Mi informante lo dice y se detiene. Los ojos cerrados, está visualizándolo bajo los párpados. En la mano tiene el pañuelo que le he dado. Lo aprieta entre los dedos.

–El pelón está en este momento en el baño... rasurándose con una rasuradora eléctrica... marca Philips... rasurándose la cabeza.

Abre los ojos mi informante: la vidente. Pide un descanso. Apago la grabadora. Su cara es cuadrada y sus ojos rasgados. Lo que tiene que hacer una para ganarse la vida: lo pienso yo mientras oigo que me pregunta: –¿Quieres un té?

–Sí gracias –respondo.

Según mi diario, de donde transcribo esta historia, atildando la ortografía y la gramática, estamos en junio de 1985, yo trabajo para el periódico *Unomásuno* de la ciudad de México, y me han enviado a consultar a la vidente sobre sucesos de otro año.

Los sucesos de las dos Marianas, ocurridos igualmente en junio, pero de 1984.

Ahora lo transcribo en junio del año 2009.

Y tú lo lees en el mes de..... del año

Otra vez me asombro de la extensión de cualquier cadena de causas y efectos. Lo antes escrito: nadie puede abarcar ninguna cadena completa de causas y efectos; al menos no una inteligencia humana: ¿qué sé yo de cuándo y en dónde tú lees esto?

2.

Mariana hija desliza el dedo índice por una hoja del diccionario Larousse, le da la vuelta, desliza el índice por otra hoja. Ajá. Ahí está. Mate. (*meit*) (*to mate*). O sea, sí existe en inglés el verbo to mate. V. *intr. Acoplarse, aparearse (los pájaros, los animales)*.

Es decir, reflexiona Mariana, *to mate* es, digamos, coger.

En ese mismo momento, en el dormitorio, el pelón sale del baño en camiseta y bóxers y con la cara y la cabeza recién afeitadas, y con un deseo cachondo se tiende cerca de Mariana madre e inclina el rostro para chuparle un pezón húmedo.

–Vida, estás mojada.

Le dice él y ella quita de sus ojos el brazo.

–Ven Vida –dice ella a pesar del dolor. –Cógeme vida.

Él se trepa al cuerpo de ella.

–Vida –dice él.

–Vida –dice ella.

Mariana ha escrito TOMATE en una hoja de papel blanco y luego ha cortado la palabra con una tijera, de manera que tiene tres cuadrados de papel, cada uno con una sílaba. TO. MA. TE. Los tiene colocados como en la barda.

TO MATE

Recordar a los dos gatos callejeros que vio hace unos días: trepados uno encima del otro, el gato de arriba empujándose frenético contra el gato de abajo para meterle y sacarle la picha, y los dos chillando como desesperados. Qué asco, piensa Mariana al borde del vómito, y aparta el cuadradito con la sílaba TE a un lado y en el dormitorio Mariana madre avienta con ambas manos lejos de sí al pelón que se cae de la cama al tapete.

El pelón se pone en pie embroncado mientras Mariana recoloca las sílabas así.

TE TOMA

El pelón vuelve a subir sobre Mariana, le toma las manos de dedos largos y flacos con las manos grandes de dedotes gruesos y las estira decidido a tomarla sexualmente por la fuerza, y entonces en otra parte de la casa Mariana hija prueba otro acomodo de sílabas.

TOMA TE

El pelón suelta a Mariana madre.

–Perdón –dice, ceremonioso como un lord inglés, bajándose de la mujer.

–Es que –se disculpa Mariana madre– me volvió el dolor. Perdona tú.

–No, no. Yo soy el que me disculpo –insiste el pelón poniéndose de pie, y se guarda el pene en los bóxers. –Voy a enfriarme la lujuria y luego tomamos té, ¿te parece?

Lo dice muy serio, y en efecto va al baño a darse un duchazo helado.

Mariana madre en la cama bosteza.

La vidente bosteza, un año más tarde.

–Perdón –me dice.

Está extenuada. En ese momento empieza a chiflar sobre la estufa la tetera.

En la cocina Mariana hija sirve agua hirviendo en una taza de cristal. Y luego introduce la bolsita de té de hierbabuena y observa el agua pintarse de verde claro. La vidente coloca en la mesa la charola con dos tés de camomila. Me acerca la azucarera.

Mi jefe en la redacción me dijo: Es la mujer más sabia de Occidente. Claro que me lo dijo un jefe de edición borrachín y ocasionalmente marihuano, pienso mientras agradezco el té de la vidente, y al escribirlo ahora lo repienso: tal vez precisamente por borrachín y marihuano mi jefe entendía mejor de asuntos de conciencia que yo, tan sobria por aquel entonces, tan segura de tantas simplezas llamadas sentido común, una fundamentalista de las ideas comunes de un cierto momento histórico: esa era yo entonces.

El “sentido común” de una época son las sandeces pasadas de moda de la siguiente; y las extravagancias de los poetas, los marihuanos y los locos de una época son las certezas del sentido común de la época que viene.

En el dormitorio el Pelón termina de ajustarse el nudo de la corbata y toma de la cómoda una pistola. Un revólver 45. Lo guarda en la funda que lleva al costado del torso y luego toma un pañuelo blanco bien doblado y lo guarda en la bolsa del pecho de su saco azul marino mientras en la cocina Mariana hija se acerca al ventanal, la taza de té tomada del asa, y ve quince pisos abajo.

TOMA TE

Ah caray, ladea la cabeza: el espacio ha cambiado de sitio otra vez, ¿o se imagina cosas?

–¿Se imagina cosas? –pregunto a la vidente.

La mujer más sabia de Occidente me responde:

–Hay ventanas de tiempo y espacio donde las cosas suceden distinto a como suceden en el plano de conciencia común. Haz de cuenta que en el orden de las causas y los efectos entrara un viento y reacomodara todo.

Varios años más tarde, cuando transcribo las palabras de Alejandra, la vidente, pienso que lo raro sería que lo usual no tuviera salvedades. Excepciones. Rajaduras.

Valadez se llamaba mi jefe en el periódico. Tenía un bigote espeso y una frente amplia en donde, cuando se enojaba, aparecía un manchón ovalado. Un óvalo de piel más pigmentada. Una especie de medallón donde los periodistas del *Unomásuno* juraban, entre veras y mentis, entre creerlo y jugar a creerlo, que se prefiguraba la Virgen de Guadalupe.

–Apúrale –le decía un periodista a otro–. Apúrate a entregarle el reportaje, que ya se le está apareciendo la Virgen.

Y cuando traía bien dibujada en la frente a la Virgen, el trato con Valadez era ya sólo posible de rodillas. Un cruzado lleno de celo furioso exigía a sus subalternos a gritos intercalados con oraciones secas y mordaces.

Una noche en su oficina Valadez con la Virgen en la frente tomó de un archivero dos sobres de papel manila y los tiró sobre el escritorio. Estaba en mangas de camisa, según ahora me acuerdo.

–A ver si eres tan brillante –me lo dijo con tono de insulto–. En un sobre hay fotos de un cadáver y un reporte de policía. En el otro un pañuelo. Es un asesinato del año pasado que quedó para la policía en veremos. Para empezar la investigación vete a esta dirección primero.

Sacó de la bolsa de su pecho una tarjeta suya y al reverso anotó la dirección de Alejandra. Al alargármela dijo:

Esta es la mujer más sabia de Occidente.

Paro de escribir este relato para ir a la cocina a prepararme un té. No sé, pero se me ocurre, es una idea que se desliza en mí no sé de dónde: podría ser que en el primer sorbo, en el sabor del primer sorbo de té caliente, nos encontráramos: Mariana, yo, la vidente.

Las tres todavía vivas.

3.

Me dice la vidente que nada de lo que me relata es seguro. Que únicamente lo imagina. Ha leído el reporte policíaco, ha visto las fotos del cadáver, ha guardado en el puño cerrado el pañuelo del Pelón, ha cerrado los ojos. Y lo imagina: bajo sus párpados cerrados van cruzando las imágenes. ¿Corresponden o no a lo que sucedió?

No es seguro –repite la vidente.

Me conformo. Ni para la madre de Mariana es seguro cómo sucedió el asesinato. Nadie lo vio todo. El relato que incluye más causas y efectos es éste que transcribo, el de la vidente.

Mariana hija recoloca los pequeños papeles en la mesa de formaica.

TE MATO

Se acerca al ventanal y mira abajo la barda donde las letras rojas se han reordenado otra vez:

TE MATO

Se asusta. Ahora sí es indudable que las letras de la barda cambian. Entonces oye una puerta de muy al fondo del departamento cerrarse. Y pasos. Pesados. Que se acercan. Los de Xavier, alias el Pelón, no los de su madre. Abre el cajón de los cuchillos y encuentra adentro la cajetilla de cigarros, la revisa: trae el encendedor adentro, y se apresura a la salida del departamento en el momento en que la voz gruesa de Xavier la llama.

–Mariana. Dice tu mamá que nos tomemos un té juntos. ¡Mariana! ¿Dónde estás Mariana?

Mariana cierra cuidadosamente la puerta para no hacer ruido.

El Pelón entra a la cocina y no encuentra a Mariana. Observa las cosas. El plato con restos de jitomate. La taza vacía con un fondo de sopa de jitomate. La jarra de agua entibiándose en la mesa. La mete con hartazgo en el refrigerador, donde debe estar. Entonces ve los papelitos en la mesa.

TE MATO

Se acuerda del grafiti en la calle. ¿Eso dice o no? Tiene que pegar el cuerpo al ventanal para alcanzar a ver en la calle la pinta. Eso dice.

TE MATO

¿Quién pinta esos grafitis bien acabados? Las ha visto por la ciudad, por aquí y por allá, se distinguen del grafiti usual porque están hechas con letras impecables y rojas. Se lo preguntó al portero y el portero le contó que vino una camioneta y bajaron dos señores trajeados.

–¿Trajeados?

–Muy trajeados. Eran de tres piezas los trajes, con chaleco pues –dice el portero.

Pusieron una plantilla contra la barda. Un cartón del tamaño de la barda pues. Donde estaban recortadas las letras. Sacaron una aspersor de pintura con motor y todo. Y en diez minutos estaba la pinta.

–Es gente de una secta –termina el portero–. Me parece que Testigos de Jehová.

–¿Por qué? ¿Qué le hizo pensar eso? –pregunta el pelón.

Los ojitos del portero se mueven de un lado a otro, está pensándolo, intensamente.

–Pues porque... –dice al fin– ...están muy organizados y son eficientes. Como son los Testigos de Jehová.

En la azotea, tras las sábanas blancas colgadas, en la zona de tinacos, Mariana sentada en una banca que forma un desnivel, fuma. Se marea fumando. Desde allí y desde el mareo la ciudad se mira como si estuviera sumergida en agua. Desenfocada. Los bordes de los edificios un instante un milímetro para acá y al siguiente para allá.

Mariana mira las sábanas blancas, las hileras sucesivas de sábanas blancas. Un vientecito las mece y a veces su columpiar se coordina para dejarla ver una franja de cielo. Se pasa la lengua por los labios, Mariana siempre con sed, y entonces una ráfaga de viento extremadamente larga iza las sábanas y lo ve: a Xavier. El Pelón que desaparece tras la pesada caída de las sábanas para reaparecer frente a la más próxima y quedarse mirándola con ojos suaves.

–¿Qué quieres? –murmura preocupada ella.

–Dice tu mamá que hablemos.

–¿De qué?

–Dice que no puede ser que nos ignoremos así. Días enteros de no decirnos hola. Te digo qué Mariana: yo voy a quedarme en tu casa, y para siempre, aunque no te guste. Así que mejor hablemos.

–¿Le contaste? –pregunta Mariana y se lleva el cigarro a los labios.

El Pelón dice que no con la cabeza.

–Ya te dije –dice él–. Si tú no le cuentas, yo tampoco.

Se mueve para subir a sentarse en el desnivel de cemento, junto a Mariana.

Al rozarla, ella deja caer la colilla y salta al piso, camina hacia los cuartos de sirvientas, a ver si alguien le ayuda, él la sigue y ella apresura el paso, no hay nadie en los cuartos, corriendo tuerce de regreso hacia las sábanas rumbo a la salida de la azotea pero se vuelve a ver al hombre corriendo tras ella a zancadas y gritando Mariana, Mariaaana, y Mariana se estrella contra una sábana mojada, la aparta para deslumbrarse con la repentina luz del cielo y entre parpadeos recomienza el paso, está ya corriendo otra vez y de golpe la sobresalta una ráfaga de disparos a sus pies: no, sólo ha corrido sobre una lámina haciéndola retumbar, ¿dónde está el hombre? Se detiene.

Nadie a la vista. Se habrá ocultado.

¿Dónde? La enormidad azul del cielo.

Nada más su propia respiración sonando.

Tres palomas cruzan en el aire, batiendo mansamente las alas.

Mariana pasa por sus labios la lengua.

Entonces una mano pesada cae en su hombro y las palomas se congelan en el cartel azul del cielo.

Con ambas manos sobre los hombros flacos de Mariana, él la gira para verla de frente, para que ella lo vea a los ojos.

Fue sin premeditación: acostumbrarse a Mariana hija. Como si fuera una extensión de Mariana madre. El mismo rostro pálido y los mismos ojos verdes. Con pelo distinto. Con distinta edad. La misma mujer en dos edades. Y lo que siguió fue una extensión de la cercanía del Pelón con Mariana madre.

Tan simple: estaban sentados a la mesa de madera de la sala, leyendo el periódico, cada cual otra sección, y Mariana madre no estaba en casa. En la mesa, entre él y la niña, el florero de porcelana blanco coronado de rosas naranjas. Xavier sintió algo extraño y al girar el rostro encontró, entre las rosas naranjas, los ojos de verdes de Mariana hija, viéndolo.

Le emocionó el verde de los ojos. Exactamente el mismo verde casi azul de los ojos verde-azules de Mariana madre. Estaba relajado como desde hacía años no. Décadas tal vez. Estaba sintiéndose en casa como hace mucho no se sentía en casa ni en su propio departamento. Alargó la mano para tomar la mano de la niña sobre la mesa de madera. Lo emocionó también el contacto.

Mariana niña era silenciosa, como la madre. Xavier le pidió, sin soltarle la mano:

Acércate.

Y sin soltarle la mano la niña rodeó la mesa y se sentó en su muslo. El le puso la mano en la cintura. Como si fueran padre e hija. Ella reclinó la cabeza con rizos negros en el pecho de él y oyó su corazón. La mano de Xavier entró debajo de su camiseta de escuela y se colocó sobre su pequeño seno.

Luego ella alzó la cara buscándole a él la cara y entonces sucedió el beso.

Largo y extraño. Entrando la lengua de él en la boca de ella. Y la mano de él, entró entre sus piernas debajo de su falda de escuela.

–Mariana –suspira él en la azotea, frente a Mariana hija–. Mar y Ana. Vamos a irnos al mar. Los tres. Estaremos juntos los tres amándonos, sin problema. Tenme fe.

Su mano entra bajo su camiseta y en su pequeño seno toma entre dos dedos el pezón. Mariana quiere desprenderse, no puede. Su cuerpo la avienta contra el cuerpo de él. Como si desde aquella tarde de las rosas naranjas su cuerpo y el de Xavier tuvieran un pacto secreto.

–Va a ir sucediendo –murmura de nuevo él–. Mamá Mariana se va a ir dando cuenta y lo va a ir aceptando y va a ser bien simple te digo.

Desde aquella tarde del beso extraño, Xavier llegaba a media noche a su cuarto y se sentaba al borde de su cama y volvía a tocarla sin prisa, sin palabras, mientras ella iba despertando y a pesar que ella suplicaba, muy quedo para no despertar a su madre en el cuarto contiguo:

–No, no, Xavier, por favor ya no –en medio del placer y el miedo y la culpa.

Y aunque Mariana se dijo: no pensar y sólo navegar por los sucesos, de uno a otro, sin atormentarse, en esos encuentros de media noche la confusión de las emociones la hacían llorar. Y odiarlo.

Como ahora que llora y odia y siente miedo y placer y deseo de más placer y sus manos entran debajo del saco del Pelón y suben por su cuerpo palpando la camisa. Su

diestra encuentra la cache de la pistola en el costado, su dedo se detiene en el gatillo, mientras siente bajo su falda el dedo de él entrando en su entrepierna al cuenco húmedo de los labios de su sexo: entonces Mariana tuerce hacia arriba la pistola enfundada y cuando en el dedo de él penetra despacio en el canal caliente de su sexo, ella aprieta el gatillo.

Mariana madre en la cocina escucha el tronido. Abre la puerta de la cocina y se queda tratando de escuchar algo más. ¿De dónde vino el tronido? ¿Fue un tronido?

En el piso dieciocho del edificio vecino una mujer ha salido al balcón y busca con la mirada el origen del tronido.

El Pelón da un tercer paso para atrás mientras la niña lo aferra, no suelta bajo su saco la pistola y vuelve a apretar el gatillo.

Al segundo estampido la mujer del balcón localiza en la azotea a la niña abrazada al hombre que se mueve a trancos para un lado, para el otro, como en una danza torpe y violenta, de pronto el hombre cae de rodillas llevándose al piso también a la niña, que cae también de rodillas.

Al tercer estampido el viento arrecia: iza las sábanas en la azotea, en el balcón del piso dieciocho golpea el rostro de la mujer, entra ya débil por la puerta abierta a la cocina removiendo la bata de Mariana madre y alzando de la *formaica* de la mesa, como si con dedos largos y delicados, los tres trocitos de papel: uno lo suelta al borde de la mesa para que caiga al piso de linóleo, del lado en blanco, y a los otros dos los hace girar en puntas en la mesa, para depositarlos luego uno junto al otro en una nueva palabra.

MATE